**La Pachaca *(Rafael Maluenda)***

I

Era una gallina de color ceniciento, gruesa, de patas cortas y bruta. Su llegada al corral del criadero fue un accidente afortunado porque, nacida y criada en el rincón de un huerto, su destino habría sido el de todas las aves que la rodeaban: crecer, poner e incubar sus huevos, arrastrar los pollitos cloqueando por el huerto y luego morir obscuramente para alegrar algún almuerzo de domingo.

Pero ocurrió que, queriendo ganarse la amistad de los amos, la mujer del inquilino la trajo de regalo al menor de los hijos del propietario, y por deseo de este la pusieron en el corral del criadero donde los amos tenían una colección de aves finas.

Así, por dictado de la suerte, la *Pachacha* se halló una tarde en compañía de aquel selecto grupo de aves de calidad.

Cuando las manos de un sirviente la soltaron por sobre el tejido de alambres, tendió las pesadas alas y fue a posarse junto a un elegante abrevadero de latón. LLena de angustia, sin atreverse a lanzar su cloqueo vulgar, tendió el cuello, orientándose, mientras las demás aves lanzaban al unísono un cloqueo sonoro que a la recién llegada le pareció una carcajada burlona.

Aunque la *Pachacha* era gorda y muy fea, su sangre vulgar encerraba bastante malicia y buen sentido. Por esto, rápidamente comprendió que debía estar humilde en aquella emergencia, y con pasos cortos, que trató de hacer ligeros, se fue alejando del abrevadero y se acercó confusa al tejido.

Mientras esperaba allí, inmóvil y jadeante, movió la cabeza en todas direcciones para orientarse. Agrupados a poca distancia, unos treinta gallinas y pollos, de entre los cuales emergían las crestonadas de los gallos, se movían curiosos, tendiendo el cuello hacia la recién llegada.

¡Qué colores y qué formas! ¡Cuánta elegancia y distinción!

La *Pachacha* admiró, con todo el fervor de su sangre vulgar, aquella colección de aves que sólo había podido imaginar en sus horas de fantasía, allá en su huerto nativo.

De pronto suspendió sus reflexiones, notando en los grupos de aves cierto movimiento que a su timidez le pareció agresivo. Escuchó cloqueos ininteligibles; se trataba de ella seguramente. Y casi en seguida un gallo blanco, blanquísimo, de larga y curvada cola, roja y ancha cresta, se separó del grupo y vino hacia la forastera. Muerta de miedo, la *Pachacha* se encogió, sin dejar de admirar las maneras graciosas con que el gallo se le iba acercando: nada de aquellas carreras pesadas del gallo del huerto y que terminaban con un picotazo y una caricia agresiva. El gallo blanco y crestonado venía ahora lentamente, picoteando el suelo y lanzando suavísimos cloqueos; se acercaba como convenciéndola de que sus temores no tenían fundamento. Y en cuanto estuvo cerca, inclinó la roja cabeza, tendió las alas blancas y con melodioso cloqueo giró en torno de la *Pachacha*.

¡Qué rueda, Dios santo!

Con firme acento el gallo se presentó:

*- Leghorn*

Confundida por no poder decir su origen con igual orgullo, la *Pachacha* se contentó con lanzar un cloqueo gangoso, acaso con la esperanza de parecer extranjera. Pero el Leghorn, que sabía muchas lenguas, no pudo colocar en ninguno de los cloqueos conocidos aquel rumor tan nasal y dando media vuelta se alejó con desprecio.

Tres gallinas blancas de su familia le salieron al encuentro.

- ¿Quién es? ¿Quién es?

El gallo se encogió de alas.

- No he podido entenderla - dijo.

Y se fue en compañía de sus gallinas, comentando la llegada inesperada.

Hubo después un continuo acercarse de las demás aves a la confundida *Pachacha*: vinieron las *Rhode Island*, las *Plymouth*, las *Padua*, las *Orpington* y las *Inglesas*. Todas venían a ella, con curiosidad o desprecio, y se alejaban después como queriendo no dar confianza alguna a la gallina intrusa.

Sólo una familia no mostró curiosidad y quedó indiferente a aquel movimiento: la *Japonesa*. Y la *Pachacha*, ansiosa de un apoyo, se fue acercando al grupo, atraída por el color ceniciento que creía parecido al suyo. La *Pachacha* hubiera querido acercarse a cualquiera de las otras, más hermosas familias; pero, rechazada de cada grupo, se resignó a buscar la compañía de las *Japonesas*. En su situación, no podía escoger con cuidado a sus amigas.

Cuando se hubo colocado entre ellas, las *Japonesas* se alzaron deferentes - ¡benditas sean las gallinas educadas y modestas! - y empezaron con la recién llegada un cloqueo amistoso para informarse y para invitarla a dar una vuelta por el corral.

- ¿Han visto la facilidad con que estas *Japonesas* acogen a cualquiera? - criticó una *Plymouth*.

- Ah, sí... - contestó una Inglesa - . Al fin, con esas caras que tienen pueden juntarse con cualquiera.

- No se verá entre nosotros - prometió el gallo *Orpington*.

- ¿Ustedes vieron cómo la recibí? Que se me ponga negra la cola si vuelvo a saludarla - declaró el *Leghorn*.

Y excitándose mutuamente, como sucede en toda reunión social, las diversas familias del corral decidieron un estricto boycoteo a la gallina arribista.

Sólo un viejo *Rhode Island*, de modos reposados y acento ronco, no aceptó el acuerdo. Era el más anciano de los gallos y su origen y su edad le permitían expresarse libremente.

- No me explico tanta indignación - dijo - . Si esta gallina me tolera, puede contar con mi amistad. ¿Que es fea y no sabe de dónde viene? ¡Qué importa! Nadie puede negar que tiene las carnes sólidas.

- ¡Qué viejo tan cínico! - dijeron las *Leghorn*, disgustadas.

De pronto, un pollo socialista lanzó un grito:

- ¡Al fin y al cabo todos venimos de un huevo!

- ¡Cállese el demócrata!

- ¡Y lo soy! - afirmó el pollo - , aunque mi familia sea *Plymouth*. ¡Todos venimos de un simple huevo!

- ¡Qué ridículo! - exclamó la más vieja de las *Orpington* - pero hay huevos y huevos.

Las *Inglesas* propusieron una manifestación hostil contra la intrusa, pero al fin sólo decidieron observar un aislamiento estricto.

Cuando, dos horas más tarde, el sirviente condujo las aves al dormitorio, la *Pachacha* las siguió, acompañada por las *Japonesas* que parecían hacer alarde, ante las demás familias, de sus maneras protectoras.

II

La noche es para las aves - como para los seres humanos - tiempo de meditación. y así lo que una gallina se propone al anochecer suele cambiar cuando llega la mañana.

Poco se sabe de lo que pensaron aquellas gallinas distinguidas respecto de la *Pachacha*, pero lo cierto es que, cuando al anochecer la forastera salió al corral, se sorprendió con el saludo cortés que le hizo una de las *Leghorn*.

- Buenos días, ¿cómo pasó la noche?

La *Pachacha*, disimulando su timidez, respondió:

- Bastante regular...

Y como los tímidos en su timidez se vuelven audaces, afirmó mintiendo:

- Estaba acostumbrada a mejor dormitorio... pero en la vida hay que resignarse a todo.

La *Leghorn* hizo que la creía y asintió:

- Así es.

Luego la invitó al abrevadero y con deferencia le explicó sus ventajas:

- Es agua limpia y fresca, porque a nosotras nos enferman las aguas corrientes.

Aunque no tenía sed, por hacer todo lo que pudiera distinguirla, la *Pachacha* bebió un poquito, alzando el pico con estudiada delicadeza.

Al salir al corral, las demás gallinas se sorprendían mucho viendo a la forastera en compañía de la *Leghorn*. No era ya el gesto de repulsión del día antes, sino más bien un movimiento de irritación al ver que otra gallina ya había hecho lo que también ellas pensaron. Entonces, disimulando la irritación, se unieron al grupo amigo. Y la *Pachacha*, habiendo perdido el primer temor, se animó un poco más.

- Co-co-ro-có - cantó el Leghorn.

Y ella, demostrando una viva admiración, les dijo a las gallinas:

- Pocas veces he oído un tenor tan puro...

Fue suficiente para que el vanidoso se uniera a las gallinas y ofreciera a la extranjera una rueda gentil. Y alabando así a todos, la *Pachacha* pudo comer su ración de maíz sin que nadie la molestara.

Estimando el cambio de opiniones y las deferncias hacia la recién llegada, el viejo *Rhode Island* murmuró:

- ¡Vaya una variación! Ayer repulsión, hoy cariños... Todas quieren convertirse en protectoras. Se las come la envidia. ¡Gallinas al fin!

Con la misma prisa con que el día antes evitaban el contacto de la forastera, buscaban ahora las familias su compañía y la llenaban de confidencias.

- Tenga cuidado con las *Inglesas* - le dijeron las *Rhode Island* - a lo mejor las domina el instinto, y cuando las cree más amigas, le sacan un ojo de un picotazo.

Las *Padua* ridiculizaban a las *Orpington* y a las *Plymouth*.

- ¡Qué gordas! ¿verdad? Creen que hay distinción en el peso.

La *Pachacha*, confundida con aquellas confidencias, respondía con discreto cloqueo; comprendía que era necesaria cierta diplomacia para mantenerse bien con todo el corral y por turno se mostró de acuerdo con cada una de las que le hablaban.

Sólo las *Japonesas* se mostraron discretas y al juntarse con ella sólo le dijeron atentas:

- Si siente necesidad, acuérdese de que el último ponedero de la izquierda es el más cómodo.

Entre cloqueos de gallinas y clarinadas de gallos que comentan los diversos incidentes de un corral, la *Pachacha* pasó una semana gozando de los beneficios de una amistad con aquellas aves de calidad.

Un acontecimiento en el cual nunca pensaron vino a sorprender al corral: la *Pachacha* estaba poniendo.

¿Poniendo? ¿Pero también iba a poner la forastera? Las gallinas se indignaron, porque eso les resultaba humillante como un abuso de confianza. Y el disgusto se hizo agudo cuando las gallinas que habían ido a mirar por entre los resquicios del ponedero trajeron la noticia de que la forastera estaba en el mejor nido: el último de la izquierda.

Disimulando la gran irritación que las agitaba, pudieron contar once entradas de la *Pachacha* en el ponedero. De pronto notaron su ausencia, y el *Rhode Island* adivinó:

- Después de lo uno lo otro; de seguro que está echada.

Corrieron a averiguarlo, y asomando las cabezas lanzaron un "buen día", al que la *Pachacha* respondió desde un rincón con un cloqueo ansioso.

Veintidós días estuvo la *Pachacha* ocupada en su labor de paciencia y de inmovilidad, sufriendo los cuchicheos curiosos de las vecinas. Mientras tanto en el corral se habían tomado severas medidas sociales contra la futura familia. Se trataba de reparar el error cometido, aislando a la *Pachacha* y a su cría.

La *Orpington* expresó el pensar de todas:

- Una puede tolerar a estas gallinas de poca familia, pero de eso a permitir que su cría se mezcle con las nuestras hay diferencia. Respetemos las categorías. El amo ha dado una prueba del origen vulgar de esa intrusa haciéndola empollar sus huevos mientras a nosotras nos dan la ayuda de un marucho. ¡Ay de los hijos míos que no me obedezcan!

Y por adelantado dio algunos picotazos entre sus hijos. Las demás la imitaron.

El viejo *Rhode Island*, balanceando su floja cresta, murmuró para sí:

- ¡Pero qué gallinas son estas gallinas!

III

Fue una mañana de mediados de primavera cuando la *Pachacha* salió con su cría. Las gallinas que habían aguardado con impaciencia aquel momento, tendieron el cuello curiosas y sorprendidas.

Porque esperaban unos pollos feos y débiles, y en vez de eso, la *Pachacha* arrastraba tras sí once pollitos de colores varios, delicados como vellones de lana. Piaban dulcemente tras la gorda y satisfecha mamá, que caminaba ansiosa, alzando con cuidado las gruesas patas y arañando la tierra, para ofrecerles los gusanos más pequeños.

- Por aquí, niños - les decía - . A ver si se portan decentitos ahora que esas señoras les están mirando... Cloc-cloc...

Las demás familias le lanzaron algunos saludos irónicos, pero ella apenas los contestó, toda ocupada en sus afanes de madre.

El *Rhode Island* se acercó a felicitarla.

- Me alegro de verla con pollos tan bonitos. Yo estoy por el sistema antiguo: nada de incubadoras... Que tenga buena suerte.

La *Pachacha* no notó el cambio de las demás aves: estaba ente ellas, ella y su familia figuraban entre las finas, sus pollos lucían plumas selectas: había realizado por fin su sueño de gallina arribista.

Hasta el amo alabó la cría:

- Muy sanitos - dijo.

Y los *Padua* replicaron con desprecio:

- Saludo de pollos vulgares.

Pero los pollos y las pollas - aunque vulgares - crecieron exquisitos. Los gallos se fueron haciendo hermosos y las pollas redondas y ágiles, despertando simpatías entre los pollos de calidad. Y como los varones son menos escrupulosos que las hembras, sucedió que unos gallos finos casaron con las pollas de la encantada *Pachacha*.

La vida en común, el capricho de los pollitos, la indiferencia de algunas gallinas, la envidia y la ambición: todas esas pasiones sordas que agitan a las aves de calidad acabaron con la resistencia, y a mediados del verano ya era la *Pachacha* una gallina de abolengo, cuya amistad se disputaban las otras familias del corral.

Ya no hubo diferencia entre los pollos de la *Pachacha* y los de las demás gallinas. Nadie hubiera reconocido en aquella gallina vanidosa al ave torpe que una tarde arrojaron por sobre el tejido de alambres del corral. La *Pachacha* misma, infatuada y olvidadiza, creía que el abandonado huerto y todo lo que fue su pasado de polla bruta, no era más que un mal sueño de la imaginación. ¡Porque las gallinas son así cuando llegan a imaginar!

Un día, otra gallina bruta, escapada de alguna parte, vino a penetrar en el corral. Como había hecho la *Pachacha*, se refugió en un extremo, confusa y avergonzada. Las aves finas - mejor dispuestas que la primera vez - quisieron recibir cortésmente a la extranjera.

Pero la *Pachacha* se opuso, trémula de indignación:

- ¿Qué es eso? - dijo - ¿Este es un corral o un estercolero? ¿Por qué se introducen aquí gallinas brutas? ¡Afuera la intrusa, afuera!

Y, seguida de sus hijos - gallitos y pollas - atacó a la pobre gallina con picotazos hasta dejarla medio muerta en un rincón del corral.

Habiendo hecho esto, volvió satisfecha sacudiendo las alas y cloqueando:

- Así debiera tratarse a estas gallinas insolentes que no se acuerdan de su origen.

Y como las demás aves guardaron silencio, añadió:

- Tal vez he sido demasiado severa, pero esas intrusas me vuelven loca.

Un vientecillo fresco que agitó los árboles echó hojas y flores sobre la pobre gallina herida que temblaba de miedo y de dolor.

Y contemplando aquella escena, el viejo *Rhode Island* cloqueó con acento pesimista:

- ¡Hasta entre las gallinas no hay peor cuña que la del mismo palo!